

co¹ el Virey Don Antonio de Mendoza el año 1553 á su sobrino Fr. Gerónimo de Mendoza, de la religión seráfica de San Francisco. Este, empleando la mayor cordura y acierto en la misión que se le habia confiado, logró dejar pacíficos y cordialmente reconciliados á los referidos mineros.

El P. Arlegui, de quien he tomado esta noticia, no expresa en qué pudieran consistir las diferencias referidas; pero de todos modos deben haber sido de alguna trascendencia, supuesto que el Virey se vió obligado á dar comisión especial á Fr. Gerónimo de Mendoza para dirimirlas.

Me atrevo á suponer que en aquel tiempo en que los españoles, á semejanza de las aves de rapiña que se precipitan á devorar la deseada presa, ó de las manadas de cerdos que se agolpan en fresco manantial para apagar la sed, la envidia y el desmesurado interés, fueron los primeros y únicos móviles que arrojaron la simiente de la discordia, entre los primeros pobladores de Zacatecas, pues las riquísimas vetas de plata que entónces se comenzaron á descubrir y á explotar, fueron sin duda alguna, causa más que suficiente ó poderosa para convertir la naciente colonia zacatecana en un campo de sórdidas y ruidosas rivalidades, porque donde quiera que el oro y la plata abundan, ahí está la verdadera manzana del Jardín de las Hespérides.

Proponíase volver á México Fr. Gerónimo de Mendoza, una vez terminado con tan feliz éxito su encargo; pero sucedió entónces que varios caciques de la tribu zacateca, que se habían retirado á distantes puntos huyendo de los españoles, comenzaron á tranquilizarse con las noticias que recibían acerca de los progresos y estabilidad del Real de Zacatecas, y sabiendo también que muchos de sus compañeros indígenas vivían pacíficos al lado de los conquistadores.

Esta circunstancia y particularmente el atractivo de los regalos de ropa, objetos de vidrio y otras bagatelas con que los conquistadores obsequiaban á los indios, obligaron á los citados caciques á rendirse espontáneamente, procurando grangearse el aprecio de sus dominadores, á quienes en reciprocidad dieron informes acerca de las tierras que habitaban, mostrándoles ricos ejemplares de piedras de plata pro-

¹ Arlegui, Crónica de Nuestro Padre San Francisco, c. V, p. 32.

cedentes de un punto que hoy se llama San Martín, cerca de Sombrerete.

Tan halagüeña revelación provocó vivos deseos en algunos vecinos de Zacatecas, de ir á buscar aquellos ricos criaderos de plata; y como á la casualidad se encontraban en esta población algunos españoles que no podían permanecer en ella y que habían venido á refugiarse, huyendo de la tiranía que un Dr. Morones desplegaba en calidad de juez residente de la Audiencia de Nueva Galicia, contra sus oidores y muchos vecinos de Compostela y Xocotlán, se organizó fácilmente con esos españoles una expedición que mandó Martín Pérez.¹

Listo todo para el viaje, ofreció acompañar á dicha expedición el P. Fr. Gerónimo de Mendoza, en vista de la escasez de eclesiásticos que por aquel tiempo habia en la colonia, de la cual era Alcalde Mayor Gaspar de Tapia, quien duró en ese encargo hasta el año de 1557.

Salió Martín Pérez á principios de Noviembre de 1554 guiado por los mismos indios *zacatecos* que habían venido á someterse al yugo español, y tomando el camino de Sombrerete llegaron el 11 de dicho mes á un punto distante de éste tres ó cuatro leguas al Poniente, en donde encontraron las ricas vetas de las cuales habían sido tomadas las piedras que los indios trajeron á enseñar á los españoles.

Es ciertamente extraño que habiendo sido descubiertos los minerales de Sombrerete y Chalchihuites en 1553 ó 1554, hubiera escapado el de San Martín, tan inmediato á Sombrerete, á las perspicaces investigaciones de Ibarra y de Juan de Tolosa, que es á quienes se atribuye el descubrimiento de dichos minerales.

También es extraño que los indios que revelaron la existencia del citado mineral de San Martín, hubieran preferido venir hasta Zacatecas con tal objeto, pudiendo haberse entendido con los españoles de Sombrerete ó de Chalchihuites.

Es difícil, por lo mismo, fijar con precisión las fechas en que fueron realmente descubiertos y poblados los minerales de Fresnillo, Ranchos, Chacuaco, Chalchihuites, Sombrerete, Nieves, San Martín y algunos otros del N. O. del

¹ Tello, 182, p. 572 y 573.

Estado, porque las historias están en desacuerdo respecto de esto.

El Cronista Herrera asienta que lo fueron el año de 1554, como queda dicho en este mismo capítulo.

El P. Torquemada dice que esto pasó en el transcurso de diez años, esto es, desde 1555 hasta 1564.¹

Arleguí coloca ese descubrimiento en los años de 1553 á 1556,² y añade que en el de 1555 fué construída la capilla de Nombre de Dios, primer pueblo fundado por los españoles en aquel rumbo.

Tello dice que las minas de San Martín fueron descubiertas el año de 1558 y que después de esa fecha se siguieron los de Ranchos, Chalchihuites, Sombrerete, Sabino (¿Avino?) Santiago y Nieves.³

Frejes (probablemente siguiendo al anterior refiere también que á los diez años de conquistado Zacatecas, (1558) salió una expedición militar al mando de Martín Pérez, á descubrir minerales, y que entónces lo fueron Fresnillo, San Martín, Sombrerete y Nieves.⁴

Mota Padilla dice que el año de 1558 comenzaron por el mineral de San Martín dichos descubrimientos.⁵

Por último, y para no multiplicar estas citas, Orozco y Berra en su *Diccionario de Historia y Geografía* refiere que Sombrerete fué conocido como mineral desde el año de... 1555, lo mismo que Chalchihuites, y que Nieves, no fué conocida como tal sino cuatro años después.⁶

Pero volviendo al mineral de San Martín, aseguran los historiadores Arleguí y Tello, que habiendo encontrado Pérez y sus compañeros bastante apreciables ó ricos los metales de aquel lugar, enviaron muestras de ellos á Zacatecas para que fueran ensayados, habiéndose reconocido que rendían una magnífica ley.

Martín Pérez hizo llevar de Zacatecas un buen número de negros y esclavos para poblar el referido punto, y mientras los españoles se ocupaban de reconocer los lugares in-

1 Monarquía Indiana.

2 Crónica, de Nuestro Padre San Francisco, p. 31 y 26 p. 399

3 Tello, Crónica Misc., c. 183, p. 573.

4 Frejes, Historia Breve, p. 209 y 215.

5 Historia de la Conquista de Jalisco, c. 60, p. 201.

6 Tomo 10: página 1038.

mediatos, el infatigable Fr. Gerónimo de Mendoza no perdía tiempo en sembrar la semilla de la fé en el corazón de los bárbaros que poblaban aquellas tierras.

Esta tarea, difícil bajo todos conceptos, supuesto que Fr. Gerónimo no solo tenía que luchar con la falta de conocimientos suficientes en el idioma zacateco, sino también con la escasez de coadjutores aptos, con el carácter rudo y supersticioso de dichos indígenas, y más aun, con los peligros y dificultades que presentaba un país pobre y desconocido; esa tarea, repito, honra en extremo á Fr. Gerónimo, porque sin detenerse en presencia de tales obstáculos recorría sin descanso aquellas tierras, atrayendo con mansedumbre y solicitud paternal, á los indígenas, los cuales llegaron á prendarse tanto de los bellas cualidades del sacerdote, que en muy pocos días logró conquistarse el cariño y el respeto de un inmenso número de neófitos, que no solo le escuchaban con interés y admiración, sino que le seguían y le cuidaban en sus expediciones misioneras.

Bajo tan favorables auspicios el P. Mendoza, poseído de un positivo celo por la conversión de aquellos miserables gentiles, se encaminó por la sierra que hoy lleva el nombre de Calabazal, con dirección al río del Zúchil ó Xóchitl, (flor) en cuyas márgenes encontró una multitud de *zacatecos* que sorprendidos del extraño porte del P. Mendoza, no cesaban de observarle. Recibieronle de paz, escuchando atentamente las exhortaciones que les hizo para que abandonaran sus costumbres bárbaras é idolátricas, y no solo abrazaron desde luego la doctrina que les predicaba, sino que también le ofrecieron someterse á la obediencia del Rey de España.

Del Zúchil se dirigió acompañado de varios indios *zacatecos*, á un punto que después se denominó *Ojo de agua de los Berros*, en cuyo lugar habitaba un gran número de individuos de la misma tribu, pues tenían allí establecida una extensa ranchería que, como se dijo en la primera parte de este Bosquejo, más bien era una plaza de armas que les servía de defensa y frontera contra los indios *tepehuanes*, tribu feróz y temible que los tenía en constante vigilancia y alarma.

En el lugar mencionado y con el objeto de dar á conocer prácticamente á aquellos salvajes algunas de las doctrinas religiosas que les predicaba, hizo construir una enra-

mada bajo la cual comenzó á enseñarles con suavidad y de una manera sencilla los misterios de la religión católica.

Asegura el P. Arlegui que la predicación de Fr. Gerónimo de Mendoza tuvo tan buen éxito entre los mencionados gentiles, que abandonaron inmediatamente sus bárbaras creencias y costumbres, rindiéndose sin oposición á cuanto dicho Padre les decía ó enseñaba.

Algunos meses empleó el citado Padre en frecuentes visitas, tanto á los españoles de San Martín, como á las rancherías de los indios con quienes había logrado ponerse en pacífica y amigable inteligencia, pero como cada día aumentaban los trabajos y las necesidades de su piadoso ministerio, y como para el desempeño de éste no contaba más que con la cooperación de un neófito mexicano y un soldado español que le acompañaban, le fué preciso, para hacer más fructíferas y extensas sus tareas misioneras, dirigirse á Fray Francisco de Bustamante, Provincial entonces de la Orden de San Francisco en México, pidiéndole le enviara algunos religiosos para atender mejor á la extensa mies que tan excelente cosecha ofrecía á los operarios de la fé cristiana.

Y mientras el citado Provincial respondía á la justa solicitud de Fr. Gerónimo, éste empleaba el tiempo, no solo atendiendo al bien espiritual de su nuevo y crecido rebaño, sino procurando á la vez proporcionarle beneficios temporales encaminados á modificar de una manera palpablemente provechosa, la triste condición física en que aquella gente vivía.

A este propósito les exhortó á dejar sus ásperos montes, con el fin de que fueran á poblar á un punto más á propósito para el cultivo de cereales y hortalizas. Accedieron con gusto á esta oportuna indicación muchos *zacatecos*, siguiendo al P. Mendoza á un terreno fértil y de abundantes manantiales, donde se resolvió á establecer una población á la cual se le llamó San Francisco del Nombre de Dios, fundando al mismo tiempo una pequeña y provisional iglesia. (1555.)

Allí comenzaron á edificar los indios sus pobres chozas y á repartirse tierras para la siembra de maíz, calabazas y otras plantas que les proporcionaba cómoda subsistencia.

CAPITULO XXXII.

1556-1558.

Refuerzo de obreros franciscanos en la misión de Nombre de Dios.— Recibe Fr. Gerónimo de Mendoza orden de pasar á España.—Prosigue Fray Pedro de Espinaredo la obra comenzada por Fray Gerónimo.—Exploraciones de los nuevos misioneros.—Entra Fray Diego de la Cadena á los llanos de Guadiana y comienza á fundar con indios tepehuanes el pueblo de San Juan Bautista de Analeo [Durango].—Solicita el Padre Espinaredo nuevos misioneros.—Forma el mismo Padre un vocabulario del idioma zacateco.—Mueren el Padre Fray Juan de Tapia y el Donado Lucas á manos de los indios cerca de Zacatecas.—Primeros Diputados de Minas y primer Notario en dicha ciudad.

No pasó mucho tiempo sin que el P. Fray Gerónimo tuviera á su lado algunos religiosos de los que había solicitado para atender con más provecho á la conversión de tantos gentiles como cada día aumentaban su campo misionero, pues aunque el Provincial de México se resistía al principio á enviarle coadjutores, por la necesidad que tenía de atender á otros lugares de la N. España, cedió al fin á las instancias del Virey Don Antonio de Mendoza, quien según queda dicho ántes, era tío de Fray Gerónimo y profesaba á éste un particular y cariñoso afecto.

Designó, pues, el citado Provincial dos franciscanos, á Fr. Pedro de Espinaredo, con el carácter de Prelado y á Fr. Diego de la Cadena, quienes seguidos del religioso lego Fr. Jacinto de San Francisco y del Donado Lucas, partieron de México á fines de 1555 y llegaron al nuevo pueblo de Nombre de Dios, el día 11 de Enero del siguiente año.

Con inmenso placer recibió Fr. Gerónimo de Mendoza ese deseado y oportuno auxilio; pero tan justo regocijo tornósele luego en amarga pena, porque los mismos religiosos que ardientemente esperaba para ensanchar y robustecer sus